

¿Cómo lo resuelve usted? El problema de la paz constructiva

Aldous Huxley, 1936.

Sentir, querer, pensar: esas son las tres formas de la actividad humana usual. Para ser completa, la vida debe vivirse simultáneamente en los tres planos. Concentrarse en una de las formas a expensas de las demás, o en dos a expensas de la otra, es atraer tarde o temprano el desastre. En cualquier situación importante de nuestra vida, no basta sentir, no basta querer, no basta siquiera pensar. Tenemos que hacer las tres cosas a la vez.

Muchas personas sensibles y amables sienten intensamente que no debiera haber más guerras. En algunas de ellas, este sentimiento va acompañado de la determinación de que no haya más guerras, de una voluntad de paz que está pronta a convertirse en acción. Pero sentir sin voluntad o sin pensamiento es impotencia: tiende a degenerar en mera actitud de satisfacción consigo mismo. El sentimiento acompañado de voluntad dará como resultado la acción; pero si no hay pensamiento director, es probable que la acción resulte ineficaz porque será ciega y mal encaminada.

Nos proponemos, en este ensayo, dirigiéndonos a los que sienten que la guerra es una abominación, a los que quieren que termine, darles la justificación intelectual de su actitud; demostrar que sus sentimientos y sus deseos son esencialmente razonables, que lo que se llama el sueño utópico del pacifismo es un programa práctico: en realidad, el único programa práctico, el único programa realista.

Los pacifistas son gentes que rompen con viejos modos convencionales de pensar, y, como todos los innovadores, tropiezan constantemente, en discusiones públicas o privadas, con ataques más o menos inteligentes. Por eso, conviene presentar el programa pacifista en forma de una serie de respuestas a las objeciones comunes contra el pacifismo. El propósito es tratar estas objeciones en orden sucesivo, comenzando con la más general, fundada en consideraciones biológicas, para pasar luego a las más específicas, basadas sobre la observación de la política contemporánea.

I

La primera objeción que oponen los enemigos de la paz es que "la guerra es una ley de la naturaleza". Por lo tanto, arguyen, no nos podemos librar de ella. Pero ¿cómo son en realidad las cosas? El conflicto es ciertamente cosa común en el reino animal. Pero, salvo raras excepciones, el conflicto se produce entre individuos aislados. La guerra, en el sentido de conflicto entre ejércitos, existe entre ciertas especies de insectos que dan organización social a su vida; pero es significativo que estos insectos no hacen guerra contra miembros de su propia especie, sino solamente contra los de especies distintas. El hombre es probablemente el único que hace la guerra contra su propia especie.

Tennyson hablaba de "la naturaleza, roja de dientes y garras". Pero el animal puede ser sanguinario sin ser guerrero. Las actividades de criaturas como los tigres, los tiburones y las comadreas no son actividades guerreras, como no lo son las de, los carnívoros o las de los deportistas. Los carnívoros matan animales de otras especies para comer, o bien, como los cazadores de zorras o de faisanes, para divertirse. Son comunes los conflictos entre animales de una misma especie; pero no son conflictos guerreros, como no lo son los duelos y las riñas entre hombres. Como los seres humanos, los animales pelean principalmente por cuestiones de amor, a veces de propiedad (por ejemplo, las aves que defienden "su territorio"), a veces de posición social. Pero no hacen la guerra. La guerra, decididamente, no es una "ley de la naturaleza".

II

Los generales que hablan ante alumnos de las escuelas públicas se complacen en decirles a sus juveniles auditorios que "el hombre es un animal de lucha". Ahora bien, en el sentido de que, como los ciervos, los hombres pelean por rivalidad en el amor, o como los pechiblanco por la propiedad, o como los gallos por su posición en la comunidad, la afirmación puede considerarse verdadera. Como los animales, aun los más tranquilos — y es probable que nuestros antecesores prehumanos fueran criaturas tranquilas semejantes a los tarsios de hoy —, los hombres pelean. En determinados lugares, en determinadas épocas de la historia, el pelear ha sido violento y feroz; en otros lugares y épocas, nada grave: mero convencionalismo. Así, en Europa, hace trescientos años, "los hombres decentes" estaban obligados a batirse en duelo a la menor provocación; ahora no sucede así. Durante la juventud de personas que viven todavía, los juegos de rugby terminaban, y se esperaba que terminaran, dejando piernas rotas: ahora no se estila la rotura de piernas. La reglamentación de las peleas individuales y casuales y de las contiendas de grupo que, llamamos deportes se ha modificado, en general para mejorar. La reglamentación de la guerra, al contrario, se ha modificado empeorándose en todos sentidos. En el siglo XVIII Marlborough daba aviso con un día de anticipación antes de comenzar el bombardeo de una ciudad. Hoy se está llegando a considerar innecesaria una formal declaración de guerra: Italia, por ejemplo, no la hizo al atacar a Abisinia. "Una declaración de guerra", escribe el General Ludendorff, "es una pérdida de tiempo y a veces desgraciadamente sirve para estigmatizar a la nación que la hizo". ¡Por lo tanto, si queremos ganar, y al mismo tiempo evitar que se nos acuse como agresores, debemos atacar sin previo aviso!

En resumen: el hombre es un animal de lucha en el sentido de que es un animal que pelea. Al hombre, y sólo al hombre, le toca decidir si peleará como asesino, o de acuerdo con reglas que limiten el uso de la violencia, o bien suprimiéndola del todo, como en el caso de la resistencia pasiva. El asesinato en masa no es necesario como no lo es el asesinato individual. En 1600 el duelo debía de parecerles, a muchas personas inteligentes, una ley de la naturaleza. Pero el hecho es que el duelo ha quedado abolido. No hay razón para que no quede abolida la guerra.

III

Al llegar a este punto, nuestro opositor apela a Darwin. "La lucha por la existencia", insiste, "existe en el mundo de los hombres como en el mundo de los seres inferiores al hombre. La guerra es el método mediante el cual la naturaleza realiza la selección, eligiendo los seres humanos más aptos".

Pero ¿a quiénes, o qué, elige la guerra para la supervivencia? La respuesta es que, en cuanto a los individuos, elige a las mujeres, a los niños y a los hombres demasiado viejos o incapacitados para portar armas. Los jóvenes y los fuertes, que son los que pelean, resultan eliminados; mientras mayor sea el ejército y más eficaces las armas, mayor el número de hombres jóvenes y fuertes que mueren. La guerra elige disgénicamente.

El opositor se repliega entonces en una segunda línea de defensa. La guerra puede que sea una manera torpe de elegir a los individuos; pero su valor real consiste en su poder de elegir las mejores razas, gobiernos y culturas. Pero si recorremos la historia vemos que la guerra realiza su selección de modo desordenado. A veces, es verdad, la victoria en la guerra hace que la raza victoriosa suplante a la derrotada. Pero eso sólo puede ocurrir cuando los vencedores exterminan a sus enemigos o los echan de los territorios que ocupaban. Así sucedió, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde la población autóctona era muy escasa. Lo más frecuente, sin embargo, es que los conquistadores no exterminen a los

conquistados, sino que se establezcan entre ellos como minoría gobernante. Se produce el mestizaje; los vencedores pierden la pureza de raza que haya podido existir entre ellos y étnicamente se asimilan a los vencidos. Así, una raza pierde la batalla militar, pero gana la batalla biológica.

Lo que es cierto de la raza es cierto de las culturas y de los gobiernos. A veces los conquistadores imponen su cultura y sus métodos de gobierno a los vencidos. A veces no lo logran. Dos de las culturas que más hondamente han influido sobre el mundo moderno, la hebrea y la griega, eran las culturas de pueblos a quienes sus enemigos infligieron derrotas militares completas y definitivas. La guerra, podríamos admitir, hace selección de razas, culturas y gobiernos. Pero con sorprendente imparcialidad hace la selección a favor de los vencidos por lo menos tantas veces como a favor de los vencedores.

IV

Descartada la tercera objeción, queda la cuarta. "Podemos no gustar de la guerra", dice el opositor. "Pero la guerra se ha empleado siempre como instrumento de la política y debemos presumir que así se empleará siempre. Repasemos las lecciones de la historia y resignémonos al mal inevitable".

Hasta hace pocos años, las lecciones de la historia daban parte de razón a los militaristas. Los romanos, los griegos, los egipcios, los babilonios, los sumerios: todos empleaban la guerra como instrumento de la política. La historia escrita y los documentos arqueológicos parecían indicar que la guerra había existido en correlación invariable con la civilización. Pueblos primitivos como los esquimales pueden ignorar la guerra y hasta encontrarla inconcebible; pero los civilizados la emplearon siempre, y cabía presumir que persistirían en emplearla. Ahora, la investigación arqueológica ha demostrado que la correlación entre la civilización y la guerra no es inevitable. La civilización del valle del Indo fue tan rica y compleja como las de Sumeria y Egipto. Pero fue una civilización que nada supo de la guerra: no se han encontrado armas en sus ciudades sepultas, ni rastros de fortificaciones. Este hecho tiene altísima significación: prueba que los hombres pueden gozar de las ventajas de una compleja civilización sin tener que compensarlas con periódicos asesinatos en masa. Lo que los hombres han hecho, pueden hacerlo de nuevo. La historia nos enseña que la guerra no es inevitable. Una vez más, de nosotros depende el decidir si emplearemos la guerra o bien otro método para resolver los inevitables conflictos de intereses entre grupos de hombres. Donde hay voluntad — y, con voluntad, sentimiento e inteligencia — hay un modo: después estudiaremos el modo.

V

La quinta objeción proviene de los que declaran que la única sanción del orden social es la violencia. "Si ha de haber paz o justicia, hay que imponerla por la fuerza. En la comunidad internacional de estados soberanos, la guerra es la fuerza que asegura la paz y crea la justicia. Por lo tanto, la guerra debe existir".

1. Esta objeción presenta tres problemas que deben tratarse separadamente. En primer lugar: ¿es cierto que el orden social descansa sobre la fuerza? Cuando observamos los hechos, descubrimos que si bien la fuerza es uno de los elementos de conservación del orden en una comunidad, su función es muy limitada. Y esa función se limita más y más mientras más tiempo tengan de estar en uso los métodos pacíficos. La decisión con que el pueblo inglés se niega a que su policía ande armada es una de las razones de que Inglaterra sea un país respetuoso de la ley, en donde raras veces resulta necesario usar de la fuerza. Pero aún en los países menos respetuosos de la ley las sanciones verdaderas son la opinión pública y el deseo, en cada individuo, de que piensen bien de él sus semejantes. La fuerza no puede imponer el orden permanente en un pueblo hostil a los que la manejan. Hasta los dictadores se dan

cuenta de que no basta ser inexorable. De ahí toda esa inundación de propaganda destinada a hacer popular el régimen, no sólo dentro del país sino fuera de sus fronteras. Hasta en las cárceles, donde el alcaide tiene sobre los prisioneros dominio más absoluto que el dictador sobre sus súbditos, se ha demostrado que un hombre impopular entre los prisioneros no puede gobernarlos. Las sociedades existen y viven en orden porque, en última instancia, las fuerzas de la naturaleza humana que tienden a la cooperación son más enérgicas que las fuerzas divisoras de donde nace la conducta antisocial. De paso debe decirse que la guerra presupone la preponderancia de las tendencias hacia la cooperación sobre las tendencias disolventes: no sería posible levantar un ejército, ni mantenerlo después unido, si no hubiera espíritu de cooperación entre sus componentes. Una vez más, la decisión depende de nosotros: podemos limitar arbitrariamente el espíritu de cooperación dentro de los límites de una nación o de un clan; o bien podemos extenderlo al mundo entero. Amar al prójimo como a nosotros mismos puede significar mucho o poco, según nuestra interpretación de la palabra prójimo. De nosotros depende que la interpretación sea estrecha o generosa.

2. Segundo punto: la fuerza que emplea la policía dentro de una comunidad nacional ¿puede equipararse a las fuerzas que emplean los ejércitos para resolver disputas entre dos o más comunidades? Desde luego que no. Excepto en casos de revolución, de guerra civil o de anarquía política, la cantidad de fuerza que se emplea dentro de la comunidad nacional se halla estrictamente limitada por la ley y la opinión pública. Así, en Inglaterra los agentes de policía andan desarmados, y la posibilidad de emplear la fuerza está reducida físicamente al mínimo. La guerra moderna, en cambio, es el deliberado empleo de la violencia y el fraude, a los cuales no se les fijan límites. Una diferencia de grado, si es mucha, se vuelve una diferencia de especie. Además, el propósito de la guerra es radicalmente distinto de los propósitos de la policía. La guerra se propone destruir. La acción de la policía no. Desde el punto de vista social, la fuerza que es la guerra difiere completamente de la fuerza que es la actividad de la policía. Como el propósito de la guerra es la destrucción, usa de la violencia sin límites; como el propósito de la policía es restringir el mal, usa métodos que en gran parte no son violentos.

3. El tercer punto que hay que considerar es éste: aun los más inexorables militaristas declaran que el propósito que persiguen es la paz. Teólogos y filósofos han justificado muchas veces la guerra con iguales fundamentos: la guerra es permisible porque es un método de alcanzar la paz y la justicia. Pero ¿la paz y la justicia se han alcanzado alguna vez por medio de la guerra? ¿Es posible, dentro de la naturaleza de las cosas, alcanzarlas por medio de la guerra? En la medida en que somos hombres de ciencia, técnicos o artistas, sabemos que los medios que empleamos influyen sobre el fin alcanzado. Por ejemplo, el herrero de la aldea puede sincera y ardientemente desear construir un motor da Rolls Royce. Pero los medios de que dispone determinan los fines: la cosa que al fin sale de su fragua es muy distinta del instrumento de precisión que pretendió fabricar. Lo que es verdadero para la ciencia y la técnica no es menos verdadero para las demás actividades humanas. El hombre que emplee la violencia como medio de obtener el amor de su familia seguramente provocará sentimientos muy distintos. El estado que hace la guerra a su vecino creará, no la paz, sino los fundamentos de la guerra de venganza. Los medios determinan los fines; por excelentes que las intenciones sean, los malos medios, o simplemente los medios inadecuados, tienen que producir resultados muy diversos de los buenos fines que se perseguían. El opositor que nos aconseja repasar las lecciones de la historia nos está enseñando, en realidad, a descubrir que cuando se ha adoptado la guerra como instrumento de la política, cuando se acepta como truísmo la idea de que la violencia es el mejor modo de lograr que se hagan las cosas, no puede haber paz segura y duradera, sólo puede haber series de treguas entre las guerras. Porque la guerra, por justa que parezca, no puede llevarse a cabo sin cometer injusticias espantosas; las injusticias no pueden cometerse sin despertar el resentimiento y el odio de aquellos contra quienes se cometieron, o de tus amigos o sucesores; y el resentimiento y el odio no pueden satisfacerse sino por medio de la venganza. ¿Y cómo puede vengarse la derrota militar sino por medio de la victoria militar? Las sucesivas guerras que el historiador nos señala son el mejor argumento contra la guerra como medio de alcanzar la paz y la justicia. Los medios determinan los fines: el fin que con la guerra se alcanza no es la paz, sino más guerra.

En el pasado, afortunadamente, los medios de hacer la guerra eran imperfectos. Hoy son tan eficaces que, por primera vez en la historia, la matanza general, a veces ni siquiera intencional, se ha vuelto no sólo posible sino inevitable. En otros tiempos, no se mataba a la población civil excepto bajo orden expresa del vencedor. De ahora en adelante, por muy humanitarios que sean los jefes de los ejércitos, será difícil evitar la matanza de la población civil. Los aeroplanos, los gases, la termita la hacen punto menos que inevitable. Los medios de destrucción han llegado a ser tan eficaces, que la destrucción será general y sin distinciones, como nunca había llegado a serlo. Al aferrarnos a la guerra como instrumento de la política, estamos corriendo riesgos que nuestros antepasados nunca corrieron.

VI

La sexta objeción contra el pacifismo se basa en fundamentos morales. "La guerra", se nos dice, "es escuela de virtudes; la paz, escuela de afeminamiento, degeneración y vicio".

En su Filosofía de la guerra, Steinmetz fue mucho más lejos y afirmó que la guerra no era solamente escuela de virtudes, sino la fuente de todas las virtudes, aun de las menos bélicas. ¿Cómo aprendieron los hombres primitivos a cooperar entre sí? Según él, haciendo la guerra contra sus semejantes. ¿Dónde nacieron el amor y la mutua ayuda? En el campo de batalla, entre los hermanos en armas. Y así por el estilo. Las ideas de Steinmetz son manifiestamente absurdas y es innecesario discutir las. Pero nuestro opositor teórico, que es más modesto y trata de justificar la guerra con fundamentos morales, merece que se le trate en serio. Porque es verdad que la guerra es escuela de virtudes. El valor, el dominio de sí, la paciencia para sobre llevar penalidades, la solidaridad entre compañeros, la capacidad de sacrificar la vida: estas son cualidades sin las cuales los hombres no pueden llegar a ser buenos militares, o por lo menos buenos subordinados en el ejército; porque la historia demuestra que un hombre puede ser brillante como jefe pero moralmente imbécil. Los dos mayores genios militares de la época moderna, Marlborough y Napoleón, eran despreciables como seres humanos. Había algo de casi diabólico en el carácter de Federico el Grande. Al final de la Gran Guerra, casi el único miembro del Alto Comando alemán que reveló virtudes militares fue Hindenburg; los otros se disfrazaron y cruzaron apresuradamente la frontera buscando la seguridad en territorios neutrales. Tales ejemplos podrían multiplicarse. Los "grandes militares" carecen con frecuencia de todas las buenas cualidades que asociamos a la idea de la profesión militar.

Volvamos a las virtudes del militar subordinado: intrínsecamente son admirables. Pero ¿justifican la guerra? La pregunta no puede contestarse si no sabemos, ante todo, cuál es el precio que hay que pagar por esas virtudes en moneda de vicios individuales y ruina social, y después, si la guerra es la única escuela donde pueden aprenderse.

Ahora bien: es sabido que las virtudes características del soldado están acompañadas de vicios igualmente característicos. El soldado eficaz debe odiar y ser iracundo, debe aprender a ser inhumano, no debe tener escrúpulos o sensibilidad cuando se trate de sus enemigos. Además, su modo de vivir lo alienta al desorden. No le importa nada excepto sus compañeros y las tradiciones de su cuerpo de ejército. El desorden es terreno de donde puede brotar mucho de bueno y mucho de malo: actos de desusada generosidad, pero también actos de desusada brutalidad.

No es eso todo. La disciplina militar exige la obediencia silenciosa. El soldado es un hombre que ha entregado su razón y su conciencia a otro. Pero el hombre que ha entregado su razón y su conciencia ha renunciado a las características esencialmente humanas de los seres humanos. El mando de un ejército es caso especial y extremo de la forma de gobierno que más destruye el alma, la tiranía, o, como ahora preferimos llamarla, la dictadura.

La guerra, pues, exige que se pague un precio gigantesco por las virtudes militares. El vicio y el crimen

son las bases de su existencia misma. ¿Puede ser justo cultivar la virtud por medios perversos? Los que creen que existe el bien absoluto, aparte del interés personal y los convencionalismos sociales, responderán en seguida que no es justo. Ningún hombre tiene derecho a hacer un mal, sólo porque supone que de ahí podría provenir un bien.

Esta idea de lo que debe ser se confirma investigando lo que es. Porque pronto descubrimos que las virtudes que se llaman militares pueden existir y existen en individuos dedicados, no a la guerra, sino a la prédica de la paz. Las campañas de la religión y del espíritu humanitario han tenido sus soldados nobles: soldados cuyo valor, paciencia y dominio de sí no van acompañados de ningún vicio personal, de ningún crimen contra la sociedad. La guerra es sólo una, y la peor, de las escuelas donde los hombres pueden aprender las virtudes militares.

VII

"Ha argumentado usted bien contra la guerra", dirá el opositor, "pero no ha demostrado qué equivalente de carácter práctico puede oponérsele. Ni podrá usted hacerlo, porque no existe tal equivalente. El pacifismo no funciona".

La respuesta debe ser la contradicción plena. El pacifismo sí funciona. Ciertamente: no existe una técnica pacifista para detener las bombas a la mitad de su trayectoria, ni siquiera para persuadir a los aviadores que vuelan sobre una ciudad a que no lancen sus bombas. El pacifismo es principalmente preventivo. Si los principios del pacifismo se pusieran en práctica de modo congruente, nunca se dispararían los cañones, nunca se daría orden a los aviadores para que soltaran bombas. El mejor modo de atacar la fiebre tifoidea no es curarla, sino impedir que aparezca. El pacifismo es a la guerra lo que el agua limpia y la leche pasteurizada son a la fiebre tifoidea: hace imposible que la guerra estalle. Pero, si bien es principalmente preventivo, el pacifismo es también, según se verá, una técnica del conflicto, una manera de luchar sin emplear la violencia.

Si tratamos bien a los demás, los demás generalmente nos tratan bien. Es posible ir más lejos y afirmar que, si tenemos oportunidad de persistir en tratar bien a los demás, a la larga todos, invariablemente, nos pagarán en la misma moneda. Las gentes suspicaces comenzarán reaccionando mal frente a nuestros actos; pero a la larga la confianza, al afecto y el desinterés provocarán confianza, afecto y desinterés. Eso, que todos hemos tenido ocasión de comprobar en las relaciones con nuestros semejantes, es la segura base en que se apoyan la teoría y la técnica del pacifismo.

La teoría y la técnica del militarismo se basan en un supuesto psicológico que es palpablemente absurdo. El militarista se lanza a conquistar la buena voluntad de las gentes haciéndoles la guerra: es decir, tratándolas lo peor que puede. Pero es hecho de diaria experiencia que, si tratamos mal a los demás, responderán (a menos que sean santos o pacifistas convencidos) o tratándonos mal inmediatamente, o, si no tienen por el momento poder para devolver mal por mal, esperando con odio, miedo e ira la ocasión de tratarnos mal en el futuro. A menos que la siga algún acto de reparación, a la guerra seguirá la guerra. El odio engendra odio, y la violencia, violencia.

En nuestras relaciones con otros seres humanos todos hemos hecho uso, alguna vez, de la técnica pacifista. Tratando bien a las gentes, les hemos impedido tratarnos mal ó las hemos persuadido a cambiar su malevolencia en benevolencia. De modo más consciente y persistente emplean los médicos el pacifismo preventivo cuando atienden a locos, los antropólogos cuando tratan con salvajes suspicaces y poco amistosos, los naturalistas cuando se hallan frente a animales agresivos. Y los métodos, no sólo del pacifismo preventivo, sino del que podríamos llamar pacifismo combativo, los han puesto en práctica, en gran escala y con éxito, los cristianos primitivos en su conflicto con las autoridades del Imperio Romano; William Penn y los primeros colonizadores de Pensilvania frente a los Píeles Rojas; la

nación húngara cuando, poco después de mediados del siglo XIX, el Emperador Francisco José intentó subordinar el país a Austria, violando el tratado de unión existente; Gandhi y sus secuaces, primero en el África del Sur, luego en la India. Muchas huelgas industriales se han llevado a cabo con técnica estrictamente pacifista, a menudo con gran éxito. Hay pruebas históricas suficientes de que la técnica pacifista es eficaz. ¿Por qué no se ha empleado más extensamente como instrumento de la política, como método para evitar disputas entre individuos y grupos, o bien — cuando el conflicto se ha declarado — para dirigir la lucha con métodos que no sean los de la violencia? Una vez más la causa no es ninguna imposibilidad esencial, ningún obstáculo que esté en la naturaleza de las cosas, sino nuestra propia y libre voluntad. Si los métodos pacíficos se adoptan con menos frecuencia que la guerra, la razón es sencilla: es que no hemos hecho ningún esfuerzo para prever el peligro y evitarlo; cuando el conflicto estalla, no sabemos dominar nuestras pasiones de ira, odio y maldad, y las desahogamos en actos de violencia. Pero en nuestro poder está proceder de otra manera.

Procuraré, en las páginas siguientes, describir dos especies de pacifismo, el preventivo y el combativo. El pacifismo combativo puede definirse como la estrategia y la táctica de resistir sin violencia a la violencia. La resistencia sin violencia es una técnica que se apoya en que es imposible ejercitar virtudes como el valor, la paciencia, la devoción y el desinterés sin provocar sentimientos bondadosos, tarde o temprano, hasta en los más ardorosos y empedernidos profesionales de la técnica militarista.

Si no hay dos que peleen, no hay pelea. La mayor parte de los hombres descubren que sólo pueden mostrarse violentos hacia personas en quienes la violencia provoca reacciones adecuadas: miedo, rabia, o ambos a la vez. Se puede usar la violencia hacia una persona que resiste con ira o hacia una persona que revela terror. Pero contra la persona que reacciona ante la violencia sin ira y sin miedo resulta muy difícil persistir en la violencia. Quien resiste sin violencia se niega a representar el papel que se le asigna según las reglas del juego; la consecuencia es que al violento le resulta difícil, y a la postre imposible, persistir en su papel. En los movimientos de masas donde se emplea la resistencia pasiva, se presentan grupos de voluntarios sin miedo y sin ira ante las fuerzas que se envían contra ellos. Cuando uno cae, otro ocupa su lugar, hasta que por fin a los soldados o a los agentes de policía les resulta imposible persistir en la técnica militarista en que se les ha educado.

Entre tanto, el espectáculo del sufrimiento voluntariamente aceptado crea en el espíritu de quienes lo presencian, o de quienes leen su descripción, sentimientos de simpatía hacia los no violentos y de indignación contra los violentos. Ni es eso todo. A la larga, el espectáculo provoca en el violento involuntarios sentimientos de respeto y admiración hacia sus víctimas. Se llega por fin a una situación en que resulta relativamente fácil, para los violentos que atacan y los no violentos que resisten, negociar un arreglo decoroso, razonablemente satisfactorio para ambas partes. Todos los que emplean la violencia reconocen instintivamente el singular poder de la resistencia pasiva y hacen lo que pueden para impedir que la empleen sus opositores. Frente a huelguistas pacíficos pero perseverantes, los empresarios de industrias hacen uso frecuente de *agents provocateurs* para fomentar la violencia: Quieren que los huelguistas rompan ventanas; quieren que le tiren piedras a la policía. ¿Por qué? Porque saben que, apenas los huelguistas recurran a la violencia, llevan perdida la lucha: se podrá usar coerción contra ellos, y la opinión pública estará de parte de los que la usen.

El espectáculo de la resistencia pasiva hace surgir en todos la gran verdad de la solidaridad humana. El hecho de que la conducta noble conmueva hasta a los enemigos de quienes así se conducen es una tranquilizadora señal de que todos los hombres están ligados por una honda unidad espiritual.

La resistencia pasiva sólo la pueden emplear con éxito grupos de hombres especialmente ejercitados. Después describiremos la naturaleza de la enseñanza que se requiere y las funciones de los soldados de la paz.

De la descripción de la resistencia pasiva se infiere que es imposible aplicarla, por lo menos extensamente, en las guerras modernas, donde se pelea con armamento de largo alcance que hiere y

mata sin discriminación. Una vez que ha estallado la guerra, los pacifistas se ven atados de manos. Por eso debe impedirse que estalle. Pero sólo se impedirá si por lo menos el gobierno de uno de los grandes estados soberanos se decide a conducirse como pacifista frente a sus vecinos. La tarea práctica que tienen ante sí los pacifistas de Inglaterra es convencer al gobierno de que debe proceder como pacifista frente a los demás gobiernos. Después explicaremos el plan que debe seguir el gobierno que esté decidido a evitar que la guerra estalle y los medios que deben emplear los pacifistas para inducir a sus gobiernos a adoptar el plan.

VIII

"La Iglesia no condena la guerra", dice algún opositor que se cree ortodoxo. "¿Por qué he de ser yo más pacifista que los obispos?".

La Iglesia no condenará la guerra; pero Jesús la condenó. Los cristianos de los primeros siglos de nuestra era no sólo creían que Jesús había condenado la guerra sino que repetían la condenación en términos claros. Aquí sólo podemos dar indicaciones sumarias sobre las pruebas históricas: quienes deseen conocer a fondo el asunto pueden consultar los artículos sobre la guerra en la Enciclopedia de religión y ética, de Hastings, y en el Diccionario de la Iglesia Apostólica; aun más extensamente lo trata C. J. Cadoux, doctor en teología, en su libro sobre La actitud de los primeros cristianos frente a la guerra.

Entre los primeros Padres de la Iglesia, Justino Mártir y Taciano, en el siglo II, Tertuliano, Orígenes, Cipriano e Hipólito en el III, Arnobio, Eusebio y Lactancio en el IV, consideraban la guerra como la iniquidad organizada. Citaremos unos cuantos pasajes característicos.

Los dos primeros proceden de las *Instituciones divinas* de Lactancio: "Cuando Dios prohíbe matar, no sólo nos prohíbe cometer actos de bandidaje, cosa que ni las leyes humanas permiten, sino que nos advierte que no debemos hacer siquiera cosas que se consideran legales entre los hombres. Y así, no está permitido a un hombre justo servir como soldado... ni acusar a nadie de crímenes castigados con pena capital, porque no hay diferencia entre matar con la espada y matar con la palabra: matar es lo que está prohibido. Y así, en este mandamiento de Dios no puede hacerse excepción: es siempre malo matar a un hombre".

"¿Cómo puede ser justo el que hace daño, odia, despoja, mata? Y los que tratan de ganar ventajas para su propio país (en la guerra) hacen todas estas cosas".

Tertuliano observa que la verdad, la bondad y la justicia no pueden alcanzarse por medio de la guerra. "¿Quién ha de alcanzar tales resultados con la espada y no los resultados contrarios a la bondad y a la justicia, es decir, engaño y dureza e injusticia, que son, naturalmente, cosa propia de las batallas?" (Excelente exposición de la verdad, casi siempre olvidada, de que los medios determinan los fines y que los buenos fines no pueden alcanzarse con medios malos o siquiera inadecuados).

Orígenes escribe sobre sus correligionarios diciendo: "Ya no tomamos la espada contra ninguna nación, ni aprendemos a hacer la guerra, porque somos hijos de la paz por amor de Jesús, que es nuestro guía, en vez de persistir en las antiguas costumbres de cuando éramos extraños al pacto".

En los Cánones de Hipólito leemos que un soldado que profese el cristianismo debe quedar excluido de los sacramentos hasta que haya hecho penitencia por la sangre que ha derramado.

A principios del siglo IV el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano. Se adoptó la cruz como enseña militar, y el piadoso Constantino convirtió los clavos que sirvieron para

crucificar a Jesús en yelmo para su propio uso y en bocados del freno de su corcel de guerra. Este acto era profundamente simbólico. Como dice el Deán Milman, "el manso y pacífico Jesús se había convertido en dios de las batallas".

La nueva situación política se reflejó pronto en la teoría cristiana. Ya a mediados del siglo IV, Atanasio, el padre de la ortodoxia, dice que "destruir a los enemigos en la guerra es legal y digno de alabanza". San Ambrosio, treinta años después, y San Agustín, a principios del siglo V, repiten y amplifican el tema. San Agustín dice que "muchas cosas tienen que hacerse en las que debemos ceder, no a nuestras propias inclinaciones bondadosas, sino al interés real de otros, y sus intereses pueden exigir que se les trate, por mucho que les disguste, con cierta benigna aspereza. Es una justificación anticipada de la Inquisición y de las guerras de religión; en realidad, de toda especie de guerra; porque cuando los estados soberanos se declaran infalibles, los gobernantes de cada nación creen saber exactamente lo que conviene a todas las demás y juzgan de su deber, en atención a los superiores intereses de sus enemigos, usar con ellos de "cierta benigna aspereza".

Los cristianos modernos aducen argumentos diversos para justificar su completo desdén de los preceptos de Jesús sobre la guerra. De los dos argumentos que con mayor frecuencia se aducen, el primero es que Jesús quiere que sus secuaces acepten el *espíritu* de sus enseñanzas, sin sentirse atados por la *letra*; en otras palabras: pretenden que Jesús quiso decir que se olvidaran completamente de sus palabras y se condujeran, en todos los casos prácticos de la vida, como si esas palabras nunca se hubieran pronunciado. La distinción que hizo San Pablo entre la *letra* y el *espíritu* se ha convertido en justificación de toda especie de iniquidad.

El segundo argumento es que Jesús quería que su sistema ético rigiera sólo las relaciones entre las personas, pero no las relaciones entre los Estados. Eso significaría que Jesús sancionaba el asesinato en masa entre cualesquiera grupos de hombres que en determinado momento de la historia se considerasen autónomos y soberanos. Inútil es decir que nada hay en los Evangelios que autorice semejante interpretación de las enseñanzas de Jesús.

IX

"Las causas de la guerra son económicas y sólo pueden eliminarse mediante el cambio del sistema económico": otro nuevo tipo de objeción.

Ante todo, las causas de la guerra no son exclusivamente económicas. Ha habido guerras de religión, guerras por razones de prestigio, hasta guerras por el mero gusto de la destrucción. Además, aun en los casos en que las causas inmediatas de conflicto entre naciones son económicas, el hecho de que las naciones existan y procedan como unidades guerreras no puede explicarse en términos económicos. Las guerras, se nos dice, las hacen los capitalistas y los fabricantes de armamentos en beneficio de sus propios intereses. Pero los capitalistas y los fabricantes de armamentos necesitan tropas que peleen, necesitan un electorado que apoye su política. Obtienen tropas y convencen al electorado porque las violentas pasiones divisoras, el orgullo, la vanidad y el odio nacionalistas, existen en los ciudadanos. De ahí la necesidad de organizaciones pacifistas comprometidas en favor de la idea de realizar la unidad humana usando métodos que no sean violentos.

Las guerras, pues, no tienen origen exclusivamente económico. Pero supongamos que los factores que producen la guerra son principalmente económicos y que un cambio adecuado en el sistema económico existente eliminaría esas causas. Todavía nos queda el importante problema: ¿cómo hemos de modificar el sistema económico? Por medio de la violencia, dicen los revolucionarios. Pero si se emplea la violencia como medio, el fin que se alcance resultará inevitablemente distinto del fin perseguido. En Rusia, el fin perseguido era el comunismo. Se empleó la violencia, inexorablemente durante mucho

tiempo, para alcanzar este fin. ¿Con qué resultado? Que la sociedad rusa actual no es comunista; es una sociedad de organización jerárquica compleja, gobernada por un grupo pequeño de hombres que están dispuestos a aplicar la coerción física y económica contra los que disientan de sus ideas; una sociedad en donde, según observadores serios, el nacionalismo exclusivista, que a la larga se vuelve belicoso, va ganando terreno; una sociedad en donde el principio de autoridad se acepta sin discusión y la violencia se considera cosa natural. Dentro de la sociedad rusa, el sistema económico se ha modificado de manera que los individuos no pueden ser dueños de los medios de producción, y por lo tanto no pueden, como dueños, ejercer coerción sobre sus semejantes. Pero si los individuos no pueden ejercer coacción como dueños, pueden ejercerla como representantes del Estado. Recordemos que Estado significa organización de individuos que usan del poder de acuerdo con las leyes o sin leyes. El principio de coerción ha sobrevivido a la revolución y en realidad se aplica todavía inexorablemente. Como la revolución se realizó por medio de la coerción y la violencia, no podía suceder otra cosa. Los medios violentos condicionaron el fin perseguido, a tal punto que no se ha alcanzado lo que los revolucionarios querían: comunismo dentro del país y cooperación internacional fuera de las fronteras. Ciertamente que los demás países no han hecho nada que pueda facilitar la cooperación; pero el hecho es que Rusia posee el mayor ejército del mundo y que a los ciudadanos rusos se les inculca el orgullo de su ejército desde la infancia. Los países que poseen grandes ejércitos y se enorgullecen de ellos acaban siempre, según demuestra la historia, empleándolos contra sus vecinos. En suma, el sistema económico ha sido modificado en Rusia; pero ha sido modificado por la violencia; por eso a los rusos sigue pareciéndoles natural el uso de la violencia dentro de su país y fuera de él. La guerra internacional y la coerción en asuntos internos seguirán existiendo mientras la gente siga considerándolas como instrumentos adecuados, o siquiera concebibles, de la política. El pacifista no pone objeción a los fines que los revolucionarios perseguían; al contrario, los considera intrínsecamente deseables. Lo que rechaza son los medios por los cuales se lanzó el revolucionario a realizar esos fines. Y los rechaza por dos razones: primero, porque cree que una mala acción es siempre mala, cualquiera que sea la razón que se dé para cometerla; segundo, porque cree que, en realidad, los malos medios hacen irrealizables los buenos fines. Si el comunismo ha de convertirse en realidad, eso sólo podrá suceder si los medios que se emplean no son violentos.

El pacifista difiere del revolucionario marxista en otro punto. Mientras el marxista echa la culpa del estado actual del mundo al sistema económico existente y a los que se benefician con él, el pacifista está dispuesto a admitir que él mismo es quizás responsable en parte. El pacifista no cree que el Reino de Dios pueda imponerse a los hombres desde fuera, mediante un cambio de organización. Cree que, si el reino ha de venir, él mismo debe trabajar para que venga, y no trabajar solamente en la vida pública sino también en la vida privada.

"No son los fabricantes de municiones sino las masas, que con sus votos eligen y apoyan a gobiernos y administraciones entregados a la política del nacionalismo económico, los verdaderos *mercaderes de la muerte*. Los fascistas italianos, los socialistas nacionales de Alemania, los imperialistas japoneses, a pesar de su común doctrina de violencia, no han trabajado más, para hacer inevitables las guerras futuras, que la democracia de los Estados Unidos con su Tarifa Hawley-Smoot, su política de las deudas de guerra y su actitud en la Conferencia Económica de Londres. Es cierto que un país tan rico materialmente como los Estados Unidos puede, temporalmente al menos, alcanzar prosperidad interna mediante una política económica de monopolio. Pero es igualmente cierto que un pueblo que autoriza y alienta a su gobierno a adoptar semejante política cierra deliberadamente las puertas a la paz del mundo". Estas palabras son del capítulo final de *El precio de la paz*, libro publicado en 1935 por dos economistas norteamericanos, Frank H. Simonds y Brooks Emery. Escriben sobre la Democracia Americana; pero todas las palabras que dicen se aplican, *mutatis mutandis*, a la Democracia Inglesa. En párrafo posterior los autores mencionan expresamente a Inglaterra. Los pueblos de Inglaterra y de los Estados Unidos, dicen, han decidido "combinar los beneficios del nacionalismo exclusivista con los beneficios del internacionalismo... Han invitado a todos los pueblos a unírseles en una asociación para mantener la paz, pero se han reservado los beneficios de esa paz, dejando a los demás pueblos el privilegio de pagar las costas". Como es natural, los demás pueblos se niegan a aceptar la invitación. El

pacifista piensa que si queremos que otros pueblos hagan sacrificios tenemos que comenzar por hacerlos nosotros; que solamente siendo generosos, aunque sea a costa nuestra, y diciendo la verdad, aunque sea para nuestro descrédito, obtendremos de los demás generosidad y verdad.

X

"Los principios generales", dice el opositor, "están muy bien; pero vivimos en un mundo de realidades específicas y particulares. ¿Cómo espera usted que funcione su pacifismo en las circunstancias del momento actual? ¿Qué piensa usted de Italia y Abisinia, por ejemplo? ¿Qué piensa de las sanciones? ¿Qué piensa de Alemania? ¿Qué piensa del Japón?"

La solución pacifista de estos urgentes problemas contemporáneos puede definirse en pocas palabras. Comencemos describiendo los antecedentes históricos de la situación actual. Alemania, Italia y el Japón son tres países cuya posición después de la Guerra es fundamentalmente idéntica. Los tres se sienten agraviados, con agravios que la actual situación del mundo justifica en gran parte. Alemania sufrió una derrota militar y una prolongada humillación que le impusieron sus vencedores. Durante los años de prosperidad, la ayudaron, por motivos puramente comerciales, capitalistas de las antiguas naciones aliadas y de los Estados Unidos, que obtuvieron grandes beneficios dando apoyo financiero a la industria alemana; después vino la crisis; todo el capital extranjero que pudo retirarse de Alemania se retiró, se levantaron barreras aduanales en todas partes, o, si ya existían, se hicieron más altas. Resultaba cada vez más difícil para los industriales alemanes vender lo que habían fabricado, y, a causa de dificultades monetarias y de la falta de colonias, procurarse materias primas. Los Nazis prometen sacar a Alemania de esta intolerable situación, por la fuerza de las armas si es necesario.

Italia salió de la Guerra nominalmente vencedora, pero en realidad con pocas ventajas por haber abrazado la causa de los Aliados. No se cumplieron las cláusulas de los vergonzosos Tratados Secretos, porque no podían cumplirse, y los italianos no recibieron mandatos coloniales. La emigración de los italianos tropezaba con restricciones en los países extranjeros y durante la crisis se redujo casi a cero. Durante más de trece años los fascistas han estado prometiendo hacen a Italia grande y próspera. Desde octubre de 1935 tratan de cumplir la promesa a expensas de Abisinia.

En la Conferencia de Paz de Versalles, los japoneses fueron colectivamente insultados por el Presidente Wilson, quien mantuvo que a una nación de hombres de raza amarilla no podía tratársela de igual modo que a una nación de raza blanca. Durante los años subsiguientes se levantaron barreras aduanales en todas partes contra las mercancías japonesas baratas, mientras los Estados Unidos y los Dominios del Imperio Británico prohibían completamente la inmigración de ciudadanos japoneses. Entre tanto, la población del Japón ha crecido rápidamente. En el Japón el ejército hace lo que los Nazis en Alemania y los Fascistas en Italia: promete salvar de sus actuales aprietos al país por la fuerza de las armas. Es más: ha comenzado a cumplir su promesa, a expensas de China. Lo que los japoneses han hecho en Manchuria, lo hacen los italianos en Abisinia y los alemanes esperan hacerlo en la Europa Central y si es posible en Rusia.

Frente a estas tres hambrientas y cohibidas potencias se levantan cuatro potencias saciadas, que poseen la mayor parte de la superficie de la Tierra y la mayor parte de las materias primas necesarias para la industria moderna. Estas cuatro potencias son el Imperio Británico, los Estados Unidos, Francia y Rusia. A ellas deben sumarse Holanda, Bélgica y Portugal, tres pequeñas potencias cuyas importantes posesiones coloniales están garantizadas por Inglaterra y Francia, mientras les convenga hacerlo. Las potencias satisfechas gozan de su situación privilegiada en cuestión de materias primas, tierras y mercados, en parte como resultado de accidentes históricos, en parte en virtud de una política de conquista adoptada durante el siglo XIX. Mientras estas potencias conserven lo que ahora poseen, y mientras persistan en sus actuales tendencias monopolizadoras, las tres grandes potencias insatisfechas

permanecerán necesariamente insatisfechas. Objetivamente, esto significa que el nivel de vida de los insatisfechos debe seguir descendiendo; subjetivamente, significa que alimentarán enérgicos resentimientos contra los satisfechos, junto con la convicción apasionada de que no se les trata con justicia.

La redistribución del territorio europeo después de las guerras napoleónicas fue étnicamente equivocada. Gobernadas por potencias extranjeras, grandes masas de hombres y mujeres — italianos, griegos, polacos y muchos más — sentían que se les trataba injustamente; y este sentimiento de injusticia era tan intenso, que preferían los peligros y horrores de la guerra a una paz que consideraban humillante. La paz de Versalles, étnicamente considerada, era tolerable. Pero económicamente era absolutamente mala. Los pueblos de tres grandes países y de muchos países pequeños sienten que se les ha tratado y se les trata injustamente. Y tan intenso es este sentimiento, tan doloroso es el proceso de gradual y seguro empobrecimiento a que se les somete, que para grandes masas de esos pueblos la guerra es preferible — aun la terrible guerra moderna — a la paz de que disfrutan hoy.

Que la existencia de grandes naciones insatisfechas representa un constante peligro para la paz del mundo, todos lo reconocen. Para protegerse contra el peligro, las potencias monopolizadoras gastan sumas cada vez mayores en armamentos. Confían en que con este amenazante despliegue de fuerzas amedrentarán a las potencias insatisfechas, haciéndolas renunciar a sus clamores de justicia. Y en el caso de que las potencias insatisfechas no renuncien a sus reclamaciones y se lancen a la guerra, las potencias monopolizadoras esperan ganar.

Los militaristas son incurablemente románticos y constitucionalmente incapaces de comprender la realidad de los hechos. Para el pacifista realista resulta notorio que la actual política de las potencias monopolizadoras es irremediablemente quimérica. Porque, ante todo, los pueblos de los países insatisfechos están tan desesperados, que las amenazas no les impedirán lanzarse a una guerra que les parece preferible a la paz de hoy. Y luego, una vez iniciada la guerra, es imposible predecir lo que sucederá. Las potencias monopolizadoras pueden salir victoriosas, si es posible salir del conflicto de algún modo. Pero pudieran no triunfar. Y aunque triunfaran, la victoria podría costar demasiado para que la humanidad pague semejante precio. Hasta ahora el militarismo había sido una política, mala ciertamente, pero, gracias a la ineficacia de los armamentos, no tan destructora como de seguro lo deseaban muchos guerreros. Una guerra producía inevitablemente otra; pero durante las treguas los países guerreros y sus culturas iban viviendo. Cuando las sociedades son muy complejas y los armamentos muy destructores, el militarismo deja de ser otra cosa que una política de suicidio en masa.

La alternativa que el pacifista ofrece contra el militarismo tiene el doble mérito de ser, no sólo moralmente justa, sino práctica y sensata. Guiado por la intuición moral de que en ninguna circunstancia puede ser bueno hacer el mal, y por dos generalizaciones empíricamente demostradas, la primera, que los medios determinan los fines, y la segunda, que conduciéndose bien con los demás se les induce a conducirse bien con nosotros, declara que la única política justa y práctica es la que se basa en la verdad y en la generosidad. ¿Cómo adoptar una política de verdad y generosidad en las especiales circunstancias de la época actual? La respuesta es clara. Las grandes potencias monopolizadoras debieran convocar inmediatamente una conferencia en donde las naciones insatisfechas, grandes y pequeñas, fueran invitadas a exponer sus agravios y sus reclamaciones. Hecho eso, sería posible, con inteligencia y buena voluntad, formular un plan de reajustes territoriales, económicos y monetarios en beneficio de todos. Que las potencias monopolizadoras tendrían que hacer sacrificios inmediatos, resultará inevitable. Esos sacrificios serían en parte sacrificios de ventajas económicas, y en parte, quizás principalmente, de prestigio, la palabra cortés y diplomática con que se designan el orgullo y la vanidad. Es innecesario dar aquí pormenores: baste decir que tendría que haber acuerdos sobre la provisión de materias primas tropicales; sobre el sistema monetario; sobre la producción industrial y de mercado; sobre las tarifas de aduanas; sobre las migraciones.

Convocar a esta conferencia sería la única solución práctica del difícil problema de las sanciones contra

Italia. Los hombres de buena voluntad se hallan dolorosamente perplejos porque les parece que los países sancionistas se hallan en un dilema: o las sanciones tendrían que intensificarse, y en tal caso Italia podría, por desesperación, provocar una guerra europea; o Abisinia tendría que ser la sacrificada, y en tal caso una agresión injusta sería premiada a expensas de la víctima. En realidad existe una tercera y mejor solución. Convocar una conferencia de todas las naciones del mundo para el arreglo permanente de las reclamaciones justas, no sólo de Italia, sino de las demás naciones insatisfechas. La aplicación inmediata de los principios del pacifismo ofrece la solución de los problemas que, si se les deja complicarse, pueden volverse insolubles.

Llegar a cualquier especie de arreglo internacional es difícil, por la sencilla razón de que las naciones son consideradas por sus propios representantes como seres enteramente inmorales, locamente orgullosos, puntillosos, feroces y rapaces. A pesar de esta monstruosa concepción de la soberanía, los acuerdos se realizan al fin, y, lo que es más notable, con frecuencia se cumplen, al menos durante algún tiempo, honradamente. Lo que se ha hecho a pedazos y en pequeña escala puede hacerse, si lo deseamos, en gran escala y de modo permanente.

Los mayores sacrificios inmediatos, según se ha dicho antes, tienen que hacerlos los que más poseen. Esos sacrificios, sin embargo, serán insignificantes en comparación con los que demandaría una nueva guerra. Insignificantes en comparación aun con los que ahora demanda la mera preparación para una nueva guerra.

¿Y la Liga de las Naciones? Hay mucho de verdad, por desgracia, en la opinión italiana de que la Liga, en su forma actual, es un instrumento para la conservación del *status quo*. La Liga, de hecho, está dominada por las dos grandes potencias monopolizadoras de Occidente: Inglaterra y Francia. Estas naciones son reacias a sacrificar su superioridad actual, y, aunque esta superioridad fue adquirida mediante el uso de la violencia en el pasado, quieren aparecer como virtuosamente indignadas (y de hecho, como las naciones que tienen éxito son siempre desmemoriadas, están virtuosamente indignadas) ante el empleo de la violencia que hacen ahora los países insatisfechos. Para ser útil, la Liga debe prolongar de modo permanente la obra que realice la conferencia que proponemos y convertirse en un instrumento para dar igualdad de oportunidades a todas las naciones a través del control internacional de las materias primas, de los mercados, la producción y la moneda.

XI

"Hablar de Ligas y Conferencias en la crisis actual", dice nuestro opositor, hablando como inglés, "es tocar la lira mientras arde Roma. Nuestra civilización está en peligro; nuestro sistema político, una de las pocas democracias que quedan en el mundo, está amenazado. Debemos estar dispuestos a luchar para mantenerlo, y, para luchar, debemos estar bien armados. Nuestro legado es sagrado, y por lo tanto no podemos correr los riesgos del pacifismo".

Que el tiempo apremia, por desgracia, es demasiado cierto. Los pacifistas tienen que obrar rápidamente. Mientras más pronto puedan persuadir a sus gobiernos a convocar una conferencia como la que hemos descrito, mejores serán las perspectivas. Durante los últimos meses, personajes oficiales han hablado de cuando en cuando sobre la intención del gobierno inglés de convocar alguna vez una conferencia preventiva en que participen todas las naciones. Desgraciadamente, quitan todo valor a esta declaración de buenas intenciones, agregando que no ha llegado aún el momento de ponerlas en práctica. La política de paz del gobierno inglés puede resumirse brevemente así: "Estamos de acuerdo en que debe convocarse una conferencia preventiva; pero creemos que la situación internacional del momento no la favorecería. Por eso no convocamos ahora la conferencia. Entre tanto nos proponemos triplicar nuestras fuerzas aéreas, fortificar nuestra marina y aumentar nuestros efectivos militares". Pero si, en las circunstancias actuales, los sentimientos de las naciones son desfavorables para convocar una

conferencia ¿cómo serán cuando hayamos aumentado nuestros armamentos? Mucho peores; porque las potencias insatisfechas no verán en nuestros preparativos militares otra cosa que una amenaza contra ellas, un intento de perpetuar las actuales injusticias por medio de la fuerza. Muchas gentes que sinceramente desean la paz creen que el rearme en gran escala nos aproximará a la paz. Su teoría es que los posibles destructores de la paz se asustarán de nuestro despliegue de fuerza y se verán obligados a la buena conducta. Semejante creencia está en desacuerdo con los hechos de la historia. La acumulación de fuerzas en manos de una potencia produce siempre, en primer lugar, la acumulación de fuerzas en las demás potencias, y finalmente, cuando la tirantez económica se hace intolerable, la guerra. Como siempre, el problema depende de la relación entre medios y fines. Los armamentos, demuestra la historia, no son medios adecuados de alcanzar la paz.

Consideremos las demás objeciones que presenta nuestro opositor. El pacifismo tiene ciertamente sus peligros. Pero también los tiene el militarismo; y los peligros del militarismo son mucho mayores que los del pacifismo. El militarismo no puede dejar de llevarnos a la guerra, mientras que el pacifismo tiene oportunidad de evitar que la guerra estalle.

Las naciones del mundo viven dentro de un círculo maléfico de sospechas, odio y miedo. Adoptando la política del pacifismo, y sólo adoptando la política del pacifismo, podremos romper el círculo. El gesto generoso de una gran nación podría bastar para libertar al mundo entero. Más que ninguna otra nación, Gran Bretaña está en situación que le permitiría mostrarse generosa. "Hacerlo", protestan los militaristas, "sería atraer el desastre". Pero persistir en prepararse para la guerra y hacerla, así, inevitable, es también atraer el desastre, el desastre seguro y total.

¿Qué es mejor, correr riesgos por una buena causa, o ir derechos a la perdición por una causa mala?

XII

Ahora nos encontramos con el opositor que no es hostil. "Soy pacifista convencido", dice, "he firmado una promesa de que no tomaré parte en otra guerra. Pero la nueva guerra es todavía cosa futura, y yo quiero hacer algo, algo para impedir que la guerra estalle. ¿Qué puedo hacer?"

Respondamos lo más brevemente que sea posible. Firmar una promesa de no tomar parte en otra guerra es laudable.

Pero no basta. Precaver es siempre mejor que remediar; en lo que atañe a la guerra moderna, precaver es en realidad el único camino. Porque la próxima guerra europea estallará sin previo aviso y se peleará a grandes distancias con armamentos científicos capaces de sembrar la destrucción sin límites. Los pacifistas podrán tener la mejor voluntad del mundo; pero en esas circunstancias podrán hacer bien poco para curar el mal una vez que se haya declarado. Por eso, mientras hay tiempo, tienen que hacer todo lo que esté en su poder para impedir la aparición del mal.

Todo el mundo, o poco menos, es hoy pacifista, pero de modo vago. El número de los que están dispuestos a sufrir molestias por sus opiniones es siempre corto. La mayor parte de los pacifistas están dispuestos a tomarse el trabajo de votar por la paz; fuera de eso, serán — como lo dice el chiste que se ha hecho sobre su nombre — meramente pasivistas. Los Pacifistas Activos o Constructivos son, y deben resignarse a ser, una minoría. ¿Cómo puede hacerse eficaz esta minoría? Uniéndose, ante todo. No basta constituir sociedades que reúnan fondos, distribuyan folletos y tal vez firmen promesas. El movimiento Constructivo de la Paz debe hacer todas esas cosas; pero debe ser algo más. Debe ser una especie de orden religiosa; ingresar a ella debe significar la aceptación de cierta manera de vida y exigir consagración personal constante a la causa.

¿Qué forma debe asumir esta organización? La historia no deja lugar a dudas. Los primeros cristianos, los fundadores de las órdenes monásticas y mendicantes, los cuáqueros, los wesleyanos, los comunistas (para mencionar sólo unos cuantos movimientos sociales de importancia), todos han adoptado un mismo tipo de organización: la constitución de grupos pequeños. Haré breves indicaciones, a modo de ensayo, sobre cómo concibo la organización del Movimiento Constructivo de la Paz. La unidad local debería ser un grupo de no menos de cinco ni más de diez miembros. Estas unidades deben reunirse por lo menos una vez cada semana para discusiones, para mutua ayuda y crítica, para fortalecer la fe común, para realizar ejercicios espirituales en común. En todo distrito donde exista más de una unidad, a cada una se le asignará tarea especial. Unas se encargarán de la propaganda; otras deberán estudiar aspectos determinados — personales, sociales o internacionales — del problema general de la paz. Todos deberán proponerse llevar a la práctica los principios de la Paz Constructiva. Así, cada grupo sería una asociación de responsabilidad común, en que cada miembro asuma responsabilidades por todos los demás. En determinados casos, los grupos pueden sentirse inclinados a emprender tareas sociales: por ejemplo, atender a una familia que se halle en la miseria, o a determinada clase de personas, como prisioneros que hayan cumplido una condena o enfermos de hospital. Cada mes, todos los grupos del distrito deben reunirse para comparar experiencias y comunicarse informes. La oficina central organizaría de tiempo en tiempo reuniones numerosas y actos públicos.

En este momento, los Pacifistas Constructivos tienen ante sí una tarea inmediata a la cual deberían dedicar buena parte de sus energías: intervenir en el problema de situación internacional. En Inglaterra, la tarea inmediata es convencer al gobierno de que debe aplicar los principios evidentes del pacifismo preventivo a la situación internacional del momento. El modo de hacerlo es convocar, cuanto antes, una conferencia que discuta las causas económicas y políticas de la guerra y formule un plan universal para eliminar esas causas. Los Pacifistas Constructivos deben hacer un llamado, a los once millones de pacifistas bien intencionados pero pasivos que votaron la Balota de la Paz, para que organicen sus vagas aspiraciones pidiendo con sus firmas la adopción de este plan específico, el único que tiene probabilidad de darles la paz en cuyo favor se manifestaron el año pasado. El tiempo indicará nuevas labores que deban emprenderse; pero por el momento ésta es la más importante.

Ahora, unas cuantas observaciones de carácter general. La filosofía en que se apoya el Pacifismo Constructivo ha quedado descrita implícitamente antes. Pero conviene declararla explícitamente. La filosofía del Pacifismo Constructivo procede del estudio de lo que es a la afirmación de lo que debe ser, del hecho empírico a la idea. Los hechos en que se basa la doctrina son éstos: en primer lugar, los hombres son capaces de sentir amor hacia sus semejantes; en segundo lugar, las limitaciones que se imponen a este amor son de tal naturaleza que siempre puede vencerlas el individuo, si lo desea; en tercer lugar, el amor y la bondad son contagiosos. Como el odio y el mal.

El Pacifista Constructivo formula su creencia en palabras como éstas: el espíritu es uno y todos los hombres son potencialmente uno en espíritu. Cualquier pensamiento o acto que niegue la fundamental unidad de la humanidad es malo, y, en cierto sentido, falso; cualquier pensamiento o acto que la afirme es justo y verdadero. Cada individuo puede decidir si negará o afirmará la unidad de los hombres en una realidad espiritual esencial.

Los ideales políticos, sociales e individuales de la Paz Constructiva proceden lógicamente de esta doctrina. El programa social e internacional del pacifista lo hemos descrito ya. Es necesario hablar, además, de cómo debe vivir el pacifista. Toda la filosofía de la Paz Constructiva se basa en el estudio de las relaciones personales de hombre a hombre. De ahí que resulte imposible que el Pacifismo Constructivo sea un programa meramente abstracto. Debe ser también una manera de vida. Hay hombres que se declaran pacifistas en la política internacional, pero que son tiranos para su familia, despóticos con los empleados que tienen a sus órdenes, competidores sin escrúpulos ni piedad en los negocios. Semejantes hombres no son solamente hipócritas: son idiotas. Sólo un idiota puede suponer que es posible para un gobierno conducirse como pacifista cuando los individuos a quienes representa dirigen sus asuntos privados en forma militarista. La Paz Constructiva debe ser ante todo una ética

personal, una manera de vida para los individuos; sólo así llegará a incorporarse, de modo permanente y seguro, en formas de organización social e internacional. Hay otra razón, coherente con las anteriores, para que quienes acepten las doctrinas y responsabilidades de la Paz Constructiva hagan los mayores esfuerzos para adoptar la manera de vida que corresponde al pacifista. El argumento convincente, en toda doctrina, lo da el ejemplo personal. Por sus frutos los conoceréis; y si los frutos morales de la Paz Constructiva no son buenos, la doctrina no será aceptada. A los soldados se les admira por su valor, su paciencia, su espíritu de sacrificio; las virtudes militares son la mejor propaganda del militarismo. El Pacifista Constructivo debe practicar todas las virtudes militares junto con las demás que el soldado no puede poseer; si lo hace, su vida será la mejor propaganda.

Es fácil hablar de una manera superior de vida; es inmensamente difícil practicarla. Cinco palabras latinas resumen la historia moral de todos los hombres y todas las mujeres que han existido: *Video meliora, proboque; deteriora sequor*. "Veo lo mejor y lo apruebo; pero lo peor es lo que practico". El infierno está empedrado, no sólo de buenas intenciones, sino también de sensibilidades exquisitas, nobles expresiones de alto sentimiento, hondas visiones de verdades éticas. Sabemos y sentimos; pero el conocimiento y el sentimiento no logran, en muchos casos, tocar a las fuentes de nuestra voluntad. Porque las fuentes de la voluntad están debajo del nivel de la conciencia, en la región espiritual donde la inteligencia y el sentimiento influyen poco. Sean lo que fueren — y muchas teorías teológicas y psicológicas se han formulado para explicar su naturaleza y su influencia, — los ritos religiosos, el rezo y la meditación tocan a las fuentes de la voluntad. Es hecho de experiencia empírica que la meditación sistemática sobre el valor o la paz, por ejemplo, hace valiente y sereno al hombre que medita. La oración que pide fuerza moral y perseverancia en los propósitos alcanza su fin. Aquellos que, para expresar en actos simbólicos su adhesión a una causa, toman parte en ceremonias y ritos solemnes, regresan de ellos, muchas veces, fortalecidos en su poder de resistir tentaciones y hacer sacrificios por la causa. Hay pruebas de que la práctica de ejercicios espirituales en común sirve de gran ayuda a quienes participan en ellos. Los grupos cuyos miembros son cristianos creyentes adoptarán naturalmente las formas cristianas de devoción. A los que no estén afiliados a ninguna iglesia cristiana les recomendaríamos, como ensayo, alguna forma de meditación en grupo sobre temas como la paz, la unidad de la humanidad, la realidad espiritual que existe detrás de todos los fenómenos y las virtudes que los Pacifistas Constructivos deben practicar en su vida diaria. La meditación es una técnica psicológica cuya eficacia no depende de ninguna creencia teológica previa. Puede practicarla cualquiera que desee tomarse el trabajo necesario. Es un ejercicio del alma, como correr y saltar son ejercicios del cuerpo. Los Pacifistas Constructivos son atletas que se ejercitan para acontecimientos de importancia más que olímpica. Harán bien en realizar todos los ejercicios que ya habían practicado, encontrándolos útiles, sus predecesores en la incesante lucha por la implantación del bien sobre la Tierra.

Londres, 1936.